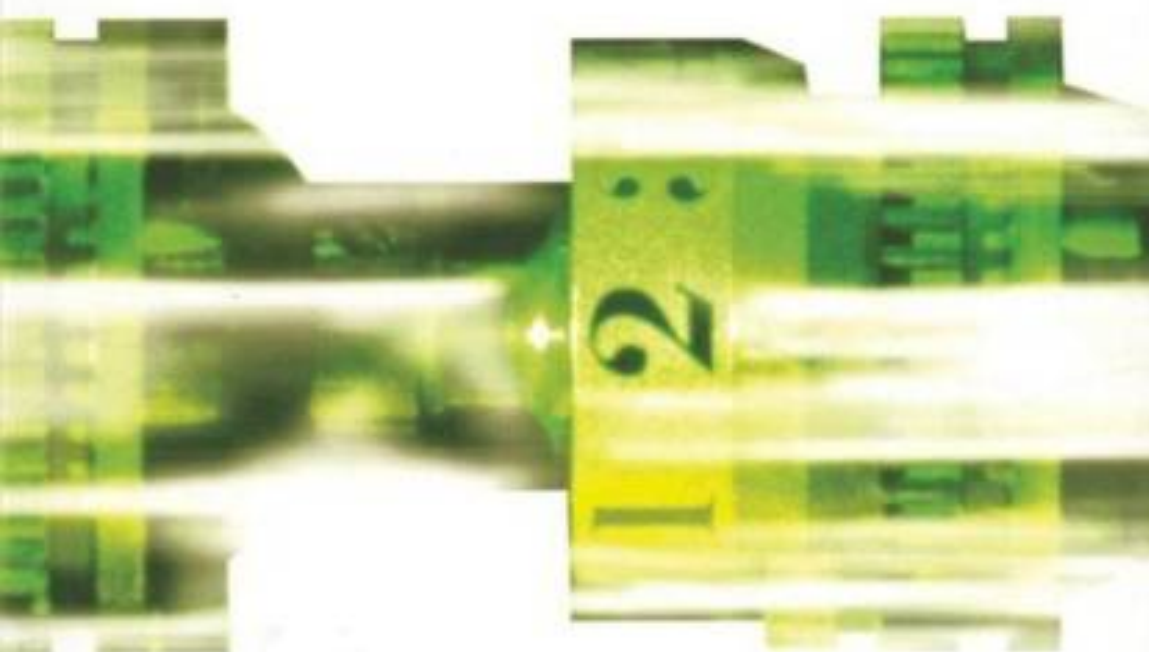


WILLIAM GIBSON
BRUCE STERLING



LA
MÁQUINA
DIFERENCIAL

1855. La Revolución Industrial está en pleno apogeo, impulsada por mecanismos cibernéticos de vapor. Charles Babbage perfecciona su máquina analítica y la era de la informática llega con un siglo de anticipación. Pero con el cambio llega la inestabilidad social: los luditas, grupo subversivo en contra de la tecnología, protagonizan desórdenes callejeros cada vez más alarmantes y hostigan a las clases dirigentes. La aventura comienza cuando unas misteriosas tarjetas perforadas, de origen y propósito desconocidos, caen en manos del paleontólogo Edward «Leviatán» Mallory. Pronto descubrirá que alguien las busca con la suficiente desesperación como para ser capaz, en un momento dado, de matar por ellas...

Primera iteración

El ángel de Goliad

Imagen compuesta, codificada ópticamente por el aparato de escolta de la nave área transcanal lord Brunel: vista aérea de los suburbios de Cherburgo, 14 de octubre de 1905.

Una hacienda, un jardín, un balcón.

Borra las curvas de hierro colado del balcón y quedan expuestas una silla de baño y su ocupante. Los destellos del sol poniente se reflejan en el níquel que compone los radios de las ruedas de la silla.

La ocupante, propietaria de la hacienda, descansa las manos artríticas sobre una manta elaborada en un telar Jacquard.

Esas manos constan de tendones, tejido conjuntivo, hueso. Mediante el quedo proceso del tiempo y la información, las hebras que anidan en el interior de las células humanas se han entretejido hasta formar una mujer.

Su nombre es Sybil Gerard.

Bajo ella, en un jardín formal pero descuidado, unas enredaderas peladas se enroscan por los enrejados de madera y los muros encalados. Desde las ventanas abiertas de su sala de recuperación, una brisa cálida le mece el pelo blanco y suelto de la nuca, y con ella trae los olores del humo de carbón, el jazmín y el opio. La atención de la mujer está fija en el cielo, en una silueta de vasta e irresistible elegancia: un metal que a lo largo de su vida ha aprendido a volar.

Como avance de esta magnificencia, unos diminutos y estridentes aeroplanos no tripulados se recortan contra el horizonte rojizo.

Como estorninos, piensa Sybil.

Las luces de la nave aérea, sus ventanas cuadradas y doradas, insinúan la calidez humana. Sin esfuerzo, con la incomparable gracia de la función orgánica, imagina allí una música lejana, la música de Londres: el salón de los pasajeros, donde estos beben, donde flirtean, donde acaso bailan.

Los pensamientos llegan desatados, la mente teje sus perspectivas y ensambla significados a partir de emoción y memoria.

Recuerda su vida en Londres. Se recuerda a sí misma, hace tanto tiempo, recorriendo el Strand, abriéndose paso como puede a través del gentío en Temple Bar. Se esfuerza y la ciudad de la memoria se enrosca a su alrededor hasta que, junto a las murallas de Newgate, cae la sombra del ahorcamiento de su padre... Y la memoria gira, reflejada con la rapidez de la luz, y toma otro derrotero, uno donde siempre es de noche.

Es el 15 de enero de 1855.

Una habitación en el hotel Grand's, en Piccadilly.

Una de las sillas estaba echada hacia atrás, colocada con precisión bajo el picaporte de cristal tallado de la puerta. Otra seguía cubierta de ropa: un abrigo corto de mujer con flecos, una falda de estameña gruesa cubierta de barro, unos pantalones de hombre a cuadros y un abrigo recortado.

Dos formas yacían bajo las sábanas de la cama con dosel de arce laminado; fuera, atrapado en el puño de hierro del invierno, el Big Ben anunciaba las diez en punto con tonantes y ásperos sonidos de Calíope, el ígneo aliento de carbón de Londres. Sybil deslizó los pies sobre el lienzo gé-

lido, hacia el calor de la botella de cerámica en su envoltorio de franela. Los dedos de sus pies rozaron la espinilla de él. El toque pareció sacarlo de una profunda meditación. Así era aquel dandi Mick Radley. Lo había conocido en la academia de baile de Laurent, en Windmill Street. Ahora que sabía cómo era, le parecía más propio de Kellner, en Leicester Square, o incluso de Portland Rooms. Siempre estaba pensando, maquinando, rumiando algo en la cabeza. Era listo, muy listo. Aquello preocupaba a Sybil. Y la señora Winterhalter no lo hubiera aprobado, ya que el manejo de los «caballeros políticos» requería delicadeza y discreción, cualidades que la propia señora Winterhalter consideraba poseer en grado sumo, exactamente lo contrario que sus chicas.

—Deja el putaísmo, Sybil —dijo Mick. Uno de sus pronunciamientos. Su ingeniosa mente había llegado a alguna conclusión.

Sybil le sonrió con la cara medio oculta por el cálido borde de la manta. Sabía que a él le gustaba su sonrisa. Su sonrisa de chica traviesa. No lo diría en serio. Decidió bromear con ello.

—Pero si no fuera una mujerzuela traviesa, ¿estaría acaso aquí contigo?

—Basta de juegos, capulina.

—Sabes que solo voy con caballeros.

Mick sorbió por la nariz, entretenido.

—Entonces, ¿me estás llamando caballero?

—Y un caballero de relumbrón —respondió Sybil para adularlo—. Uno de los más selectos. Ya sabes que no me interesan los lores radicales. Los desprecio, Mick. Sybil sintió un escalofrío, pero no por preocupación, ya que había tenido bastante suerte: filete con patatas, chocolate caliente, cama con sábanas limpias en un hotel elegante. Un resplandeciente y nuevo hotel con calefacción central de vapor, aunque de buena gana hubiera cambiado los constantes gorgoteos y golpes del radiador dorado enroscado por

el fulgor de un hogar bien alimentado. Y además tenía que admitir que aquel Mick Radley era un tipo bien parecido. Vestía con elegancia, tenía dinero y era generoso con él, y todavía estaba por solicitar algún servicio peculiar o bestial. Sabía que aquello no duraría, pues Mick era un caballero de visita procedente de Manchester y no tardaría en marcharse. Pero todavía podía sacarle bastante, y quizá un poco más cuando la dejara, si lo hacía sentir mal por el abandono.

Mick se reclinó sobre las gruesas almohadas de plumas y deslizó sus dedos con manicura por detrás del pelo engominado y rizado. Una camisa de noche cuajada de encajes por todo el pecho: solo lo mejor para Mick. Parecía tener ganas de hablar. Los hombres no solían tardar en hacerlo después de un tiempo, en especial acerca de sus esposas.

Pero el dandi Mick siempre hablaba de política.

—¿Entonces odias a sus señorías, Sybil?

—¿Y por qué no? —respondió ella—. Tengo mis razones.

—Eso parece —dijo él lentamente, y la mirada de fría superioridad que le lanzó entonces provocó en Sybil un escalofrío.

—¿A qué te refieres con eso, Mick?

—A que conozco tus razones para odiar al Gobierno. Conozco tu número. Primero la invadió la sorpresa, después el miedo. Se sentó en la cama. Su boca se vio invadida por el regusto del hierro frío.

—Llevas tu tarjeta en el bolso —dijo él—. Llevé el número a un curioso magistrado al que conozco, que me hizo el favor de pasarlo por una máquina gubernamental. Luego imprimió tu archivo de Bow Street, ratatatatá, como si nada. —Sonrió—. Así que lo sé todo sobre ti, chica. Sé quién eres...

Ella intentó hacerse la dura.

—¿Y quién soy entonces, señor Radley?

—No eres Sybil Jones, cariño. Eres Sybil Gerard, hija de Walter Gerard, el agitador ludita.

Aquel hombre había violado su pasado oculto.

Máquinas que zumbaban en algún sitio y que escupían historias. Mick la miraba a la cara y sonreía ante lo que allí veía. Sybil reconoció una expresión que ya había contemplado antes, en Laurent's, la primera vez que la vio en el salón atestado. Una expresión hambrienta.

La voz de Sybil temblaba.

—¿Desde cuándo sabes esas cosas sobre mí?

—Desde nuestra segunda noche. Ya sabes que viajo con el general. Como cualquier hombre importante, tiene enemigos. Como su secretario y ayudante, no me arriesgo nunca con los extraños. —Mick puso una mano diestra y cruel sobre el hombro de ella—. Podías ser el agente de alguien. Fue una cuestión profesional. Sybil se encogió y se apartó de él.

—Espiar a una chica indefensa... —dijo al fin—. ¡Eres todo un hijo de puta, eso es lo que eres!

Pero sus feas palabras apenas parecían tener efecto en él, que era frío y despiadado como un juez, o un noble.

—Quizá espíe, chica, pero uso la maquinaria del Gobierno para mis propios y dulces propósitos. No soy un soplón de la policía que mira por encima del hombro a un revolucionario como Walter Gerard..., lo llamen como lo llamen ahora los lores radicales. Tu padre fue un héroe. —Cambió de posición en la almohada—. Mi héroe, eso era Walter Gerard. Lo vi hablar acerca de los derechos del trabajo, en Manchester. Fue maravilloso. ¡Todos vitoreamos hasta que nos dolió la garganta! Los viejos Gatos infernales... —La voz suave de Mick cobró un tono áspero y plano, con un fuerte acento de Manchester—. ¿Oíste hablar alguna vez de los Gatos infernales, Sybil, en los viejos tiempos?

—Eran una banda callejera —respondió la chica—. Matones de Manchester. Mick frunció el ceño.

—¡Eramos una hermandad! ¡Una cofradía juvenil de amigos! Tu padre nos conocía bien. Podrías decir que era nuestro político patrón.

—Preferiría que no hablara de mi padre, señor Radley.

Mick sacudió la cabeza con impaciencia.

—Cuando oí que lo habían juzgado y ahorcado —las palabras eran como hielo entre las costillas de Sybil—, los chicos y yo cogimos antorchas y palancas y nos volvimos locos. ¡Fue obra de Ned Ludd, muchacha! Hace años... —Se cogió con delicadeza el borde de la camisa de noche—. Esta no es una historia que cuente a muchos. Las máquinas del Gobierno tienen vastas memorias.

Entonces Sybil lo entendió: la generosidad de Mick y su hablar suave, las extrañas insinuaciones acerca de que la había buscado, acerca de planes secretos y una mejor fortuna, de cartas marcadas y ases escondidos. Estaba tirando de sus hilos, haciéndola suya. La hija de Walter Gerard era un bonito premio para un hombre como Mick.

Sybil salió de la cama y se dirigió sobre los tablones helados hacia sus enaguas y su camisola.

Se concentró con rapidez y en silencio en el montón de sus ropas. El abrigo con flecos, la chaqueta, la gran jaula cimbreada de su falda de crinolina. La coraza blanca y tintineante de su corsé.

—Vuelve a la cama —le dijo Mick, perezoso—. Baja esos humos. Fuera hace mucho frío. —Sacudió la cabeza—. No es lo que te piensas, Sybil.

Ella se negó a mirarlo mientras luchaba por ponerse el corsé junto a la ventana, donde el cristal cubierto de escarcha reducía el fulgor de la luz de gas procedente de la calle. Se apretó con fuerza los lazos del corsé a la espalda con un rápido y experto giro de las muñecas.

—Y si lo es —musitó Mick mientras la observaba—, lo es solo en un pequeño grado. Al otro lado de la calle, la ópera dejaba salir a la aristocracia, con sus capas y chisteras. Coches de caballos con el lomo cubierto por mantas

repicaban y temblaban sobre el negro adoquinado. Aún quedaban restos de limpia nieve suburbana en el resplandeciente pescante de los faetones de vapor de algunas señorías. Las prostitutas se estaban trabajando al gentío. Pobres almas desdichadas... Resultaba difícilísimo encontrar una sola cara amable entre aquellas camisas almidonadas y gemelos con diamantes, en aquella noche tan fría. Sybil se giró hacia Mick confusa, iracunda y muy muy asustada.

—¿A quién le has hablado de mí?

—Ni a un alma —respondió Mick—, ni siquiera a mi amigo el general. Y no pienso delatarte. Nadie podrá decir jamás que Mick Radley es indiscreto. De modo que vuelve a la cama.

—No pienso hacerlo —dijo Sybil erguida, mientras se le helaban los pies sobre el suelo—. Sybil Jones podrá compartir tu cama, ¡pero la hija de Walter Gerard es una personalidad sustancial!

Mick se quedó mirándola sorprendido. Pensó que todo había terminado y se frotó el pequeño mentón. Asintió.

—En tal caso he sufrido una pérdida lamentable, señorita Gerard. —Se sentó en la cama y señaló la puerta con un gesto exagerado del brazo—. Póngase entonces la falda y las botas con tacón de bronce para hacer la calle, señorita Gerard, y salgan por esa puerta usted y su sustancia. Pero sería toda una lástima que lo hiciera. Me vendría bien una muchacha sagaz.

—De eso no me cabe la menor duda, hombre impío —dijo Sybil, pero entonces dudó. Mick tenía otra carta en la manga; ella lo notaba en su expresión. El hombre le sonrió y entrecerró los ojos.

—¿Has estado alguna vez en París, Sybil?

—¿París? —Su aliento se hizo vaho.

—Sí, la gaya y glamorosa, siguiente destino del general cuando su gira de conferencias en Londres haya concluido. —El dandi Mick se tiró de los lazos de las mangas—. Respecto a cuáles serían las funciones que antes he menciona-

do, en esta sazón no diré nada. Pero el general es un hombre de profundas estratagemas. Y el Gobierno de Francia se encuentra en ciertas dificultades que requieren la ayuda de expertos... —Sonrió triunfante—. Pero veo que esto te aburre, ¿no es así?

Sybil cambió el peso de pie.

—¿Vas a llevarme a París, Mick? —dijo lentamente—. ¿Lo dices de verdad, no se trata de un engaño artero?

—Estrictamente cierto y veraz. Si no me crees, en mi abrigo puedes ver un billete para el transbordador de Dover.

Sybil se dirigió hacia el sillón de brocado que había en una esquina y cogió el abrigo largo de Mick. No podía controlar los temblores y se lo puso. Buena lana oscura. Se sentía como si estuviera envuelta en dinero caliente.

—Busca en el bolsillo frontal de la derecha —le dijo Mick—. En el tarjetero. —Sonaba contento y confiado, como si le resultara gracioso que ella desconfiara. Sybil metió las manos heladas en ambos bolsillos. Profundos, forrados de felpa... Su mano izquierda topó con algo metálico, duro, frío. Extrajo una pequeña y desagradable pistola Avispero. Culata de marfil, un intrincado brillo de martillos de acero y cartuchos de bronce, pequeña como su mano y aun así pesada.

—No me seas traviesa —dijo Mick frunciendo el ceño—. Guarda eso, hay una chica delante.

Sybil dejó el arma en el bolsillo con cuidado pero rápidamente, como si se tratara de un cangrejo vivo. En el otro bolsillo encontró el tarjetero, que era de cuero rojo de Marruecos; dentro había tarjetas comerciales, *cartes-de-visite* con su retrato punteado por máquinas, un horario de trenes de Londres.

Y un trozo de pergamino grabado, rígido y cremoso: un pasaje de primera clase en el *Newcomen*, desde Dover.

—Pues si de verdad quieres llevarme contigo necesitarás dos billetes —dudó ella. Mick asintió, aceptando la ob-

jeción.

—Y otro para el tren desde Cherburgo. Nada más sencillo. Abajo, en recepción, puedo poner un cable para solicitar los billetes.

Sybil volvió a temblar y se protegió mejor con el abrigo. Mick rio.

—No me pongas esa cara avinagrada. Sigues pensando como una meretriz; para ya. Empieza a pensar como una centella o no me servirás de nada. Ahora eres la chica de Mick. Ahora vuelas alto.

Ella respondió lentamente, reluciente.

—Nunca he estado con ningún hombre que supiera que soy Sybil Gerard. Eso era mentira, por supuesto; estaba Egremont, el hombre que la había arruinado. Charles Egremont había sabido a la perfección quién era ella. Pero Egremont ya no importaba: ahora él habitaba un mundo diferente, con su respetable esposa con cara de orinal y su respetable escaño en el Parlamento.

Y Sybil no había jugado a las meretrices con Egremont. Al menos no exactamente. Era una cuestión de grado.

Pudo ver que a Mick le agradaba la mentira. Lo había adulado. Mick abrió una pitillera reluciente, sacó un cigarro y lo encendió con la llama oleosa de una cerilla de repetición. La habitación quedó inundada por el olor dulce del tabaco rojizo.

—Así que ahora, conmigo, te sientes un poco cortada, ¿no? —dijo él al fin—. Bien está, así lo prefiero. Esto que sé me da un poco más de poder sobre ti, ¿no crees?, que el mero metal. —Sus ojos se entrecerraron—. Lo que cuenta es lo que se sabe, ¿no es así, Sybil? Más que la tierra o el dinero, más que la cuna. Información. Eso es lo que importa.

Sybil sintió un acceso de odio hacia él por su tranquilidad y su confianza. La invadió un resentimiento puro, afilado y primario, pero la chica aplastó estos sentimientos. El aborrecimiento flaqueó y perdió su pureza hasta convertirse

en vergüenza. Lo odiaba, sí, pero solo porque la conocía de verdad. Sabía hasta qué punto había caído Sybil Gerard, que en el pasado había sido una chica bien educada, con aires y elegancia, tan buena como cualquier muchacha de la aristocracia.

De los días de fama de su padre, de su niñez, Sybil podía recordar a Mick Radley. Sabía la clase de muchacho que había sido. Chicos andrajosos de las fábricas, de a penique la docena, que se congregaban alrededor de su padre cuando acababa sus discursos a la luz de las velas y hacían lo que él les ordenaba: arrancar vías del tren, abrir los tapones de las calderas de las máquinas hiladoras, poner a sus pies cascos de policía. Ella y su padre habían huido de una ciudad a otra, a menudo de noche, y habían vivido en sótanos, áticos, cuartos anónimos de alquiler; se habían ocultado de la policía radical y de las dagas de otros conspiradores. Y en ocasiones, cuando sus propios discursos inflamados lo inundaban de exultación, su padre la abrazaba y le prometía el mundo con seriedad. Ella viviría como la aristocracia en una Inglaterra verde y tranquila, cuando el rey Vapor fuera derribado. Cuando Byron y sus radicales industriales fueran completamente destruidos.

Pero una cuerda de cáñamo había acallado a su padre para siempre. Los radicales gobernaban sin pausa, de triunfo en triunfo, y jugaban con el mundo como con una baraja de naipes. Y ahora Mick Radley estaba en lo alto del mundo, y Sybil Gerard en lo más bajo.

Ella permaneció así en silencio, envuelta en el abrigo de Mike. París... La promesa del viaje resultaba tentadora, y cuando al fin se permitió creer que era cierto le pareció sentir un latigazo similar a un relámpago. Pensó en lo que representaría dejar su vida en Londres. Sabía que era una existencia mala, indigna y sórdida, aunque no totalmente desesperada. A pesar de todo tenía cosas que perder. Su habitación de alquiler en Whitechapel y su querido gato Toby. Estaba la señora Winterhalter, que arreglaba los en-

cuentros entre las chicas alegres y los caballeros políticos. La señora Winterhalter era una alcahueta, pero tenía el temple de una dama, y no resultaba fácil encontrar mujeres como ella. Y también perdería a sus dos caballeros asiduos, los señores Chadwick y Kingsley, a los que veía dos veces al mes. Eran dinero constante que la mantenía alejada de la calle. Pero Chadwick tenía una esposa celosa en Fulham, y en un momento de ofuscación Sybil había robado los mejores gemelos de Kingsley. Era consciente de que él albergaba sospechas.

Además, ninguno de estos dos hombres era la mitad de generoso con su dinero que el dandi Mick.

Se obligó a sonreírle con la mayor dulzura posible.

—Eres extraño, Mick Radley. Sabes de qué hilos tirar. Quizás al principio estuviera contrariada contigo, pero no soy tan cebollina como para no reconocer a un caballero especial cuando lo veo.

Mick lanzó una bocanada de humo.

—Eres pero que muy lista —dijo admirado—. Sabes ser zalamera como un ángel. Pero no me engañas, así que no tienes por qué engañarte a ti misma. De todos modos, eres exactamente la chica que necesito. Vuelve a la cama. Ella hizo lo que le pedía.

—Por Júpiter, tus benditos pies parecen bloques de hielo. ¿Por qué no llevas unas pantuflas? —tiró del corsé con decisión—. Pantuflas y unas medias de seda negra —dijo—. Las chicas estáis espectaculares en la cama con medias de seda negra.

Desde el otro lado del mostrador de cristal, uno de los tenderos de Aaron's, alto y orgulloso con su limpio guardapolvos negro y sus botas relucientes, miró con frialdad a Sybil. Él sabía que sucedía algo, podía olérselo. Sybil esperó a que Mick pagara con las manos recatadamente cogidas por delante de la falda, aunque no dejaba de observar con dis-

creción desde debajo del borde azul de su gorra. Bajo la falda, enredado en el armazón de crinolina, se hallaba el chal que había afanado mientras Radley se probaba chisteras.

Sybil había aprendido a hurtar cosas, y lo había aprendido sola. Lo importante era tener los nervios templados: ese era el secreto. Hacía falta arrojo. Nada de mirar a izquierda y derecha, simplemente coger, levantar la falda y esconder la mercancía. Después había que enderezarse y poner expresión beatífica, como una joven de la aristocracia.

El encargado había perdido el interés en ella y observaba a un hombre grueso que miraba tirantes forrados de seda. Sybil revisó rápidamente su falda: no había bultos delatores.

Un joven dependiente de rostro pecoso, con los pulgares manchados de tinta, introdujo el número de Mick en una máquina de crédito de sobremesa. Zap, clic, una actuación de la palanca con mango de ébano y ya estaba. Entregó a Mick su recibo de compra impreso; luego envolvió el paquete con un papel verde y chillón y lo ató con cordel.

Aaron & Son nunca echaría de menos un chal de cachemira. Quizá sí lo hicieran sus máquinas de contabilidad al cuadrar balances, pero la pérdida no les haría mucho daño; su palacio de las compras era demasiado grande, demasiado rico para ello. Todas aquellas columnas griegas, las lámparas de cristal irlandés, el millón de espejos... Había una sala dorada tras otra, todas llenas hasta arriba de botas de montar de goma, jabón francés, bastones, paraguas, cuberterías, expositores de cristal llenos de vajillas de plata, broches de marfil y adorables cajas de música doradas. Y aquella solo era una de las doce tiendas de la cadena. No obstante todo esto, ella sabía que Aaron no era en realidad un lugar para las clases altas.

¿Pero no era Inglaterra un lugar en el que, si eras listo, podías hacer cualquier cosa con dinero? Algún día el señor Aaron, un desastrado y viejo comerciante judío de White-

chapel, sería par y tendría un faetón de vapor esperándolo en la calzada, con su propio escudo de armas en el pescante. Al Parlamento radical no le importaría que el señor Aaron no fuese cristiano. Ya le había dado el señorío a Charles Darwin, que sostenía que Adán y Eva no habían sido sino monos.

El portero, vestido con una librea afrancesada, abrió a Sybil la traqueteante puerta de bronce. Mick la acompañó con el paquete bajo el brazo y comenzaron a descender los escalones.

Salieron de Aaron's al bullicio de Whitechapel. Mientras Mick consultaba un callejero que había sacado del abrigo, ella contemplaba las letras cambiantes que pasaban sobre el escaparate de los almacenes. Era un friso mecánico, una clase lenta de quinótrofo para los anuncios de Aaron's, construido a base de pequeños trozos de madera pintada que no dejaban de girar uno detrás del otro tras una pantalla plomada de cristal biselado. «CONVIERTA SU PIANO MANUAL EN UNA PIANOLA KASTNER», sugerían las letras cambiantes.

La línea del horizonte al oeste de Whitechapel quedaba punteada por las grúas de la construcción, sombríos esqueletos de acero pintados con minio rojo para protegerlos de la humedad. Los edificios más antiguos estaban cubiertos por andamios; lo que no estaba siendo demolido, al parecer para hacer sitio a lo nuevo, era reconstruido a su imagen. Llegaba un ruido lejano de excavación, una sensación trémula bajo el pavimento de vastas máquinas que horadaban una nueva línea subterránea. Pero Mick giró a la izquierda sin decir una palabra y se alejó con el sombrero inclinado hacia un lado y los pantalones a cuadros visibles bajo la larga cola de su abrigo. Sybil tuvo que apresurarse para igualar su paso. Un muchacho desastrado con una placa de latón numerada barría nieve sucia en el cruce; Mick le arrojó un penique sin perder un paso y tomó la vía llamada Butcher Row.